

**CATÁSTROFES
ENANAS**

Juan José Rosado

**CATÁSTROFES
ENANAS**


ESDR JULIA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Para Virginia, Sabina y Mariemi,
por todo lo que compartimos.

*Nunca sabré si lo que soy,
lo soy realmente o lo parezco*

FERNANDO PESSOA

*Es más importante la vida que el arte, pero
sin arte la vida es incomparablemente más pobre*

ROBERT MOTHERWELL

PRIMERA PARTE

Los recuerdos entretienen mucho. Aprovechamos nuestro primer verano en Almería para disfrutar el Parque Cabo de Gata. Me encantaba ver a Pilar desnuda en la playa, rendida al sol con el vello al viento. El resto de la tarde paseábamos buscando sitios pintorescos; en una ocasión bajamos a un cráter, no había nadie más y ella me sorprendió haciendo *topless*.

Meses después, asistí a una exposición fotográfica de Marina Abramović, ya se sabe, la diosa del arte conceptual, la esfinge de las *performances*. En la mayoría de las imágenes, Abramović posaba completamente desnuda en el desierto, en un bosque, con la cara oculta tras un cráneo animal, ora de pie, ora a cuatro patas para integrarse mejor en los paisajes sin rastro de la civilización. Será porque aquel día estaba cabreado o porque objetivamente se deducía, me dio la impresión de que había aprovechado un viaje turístico por Estados Unidos para pertrechar aquellas fotos. Los paneles explicativos manifestaban su contenido trascendente. De inmediato me acordé de nuestros paseos y me alegré de haberme casado con una mujer de ocurrencias artísticas.

Los recuerdos entretienen mucho y a veces son inconvenientes. ¿Qué hacía yo con la mente ocupada en aquellas

correlaciones de ideas, cogido de la mano de mi hija, acompañado de mis padres y mis suegros, a la espera de que Pilar expulsara al mundo nuestra segunda descendiente? Lo bueno de la vida interior es que puede pasar desapercibida cuando conviene. Sí, eso me salvó de quedar en ridículo.

Semejante momento requería temple y flema. Carmen me preguntaba cada treinta segundos si su hermana había nacido, al principio justificaba mi desconocimiento con respuestas razonadas, a partir de la cuarta o quinta repetición de la pregunta me limité a responder un solitario *no*.

Todo salió bien, recuerdo que lo viví sin alharacas, otros hombres en cambio presentan este acontecimiento como una demostración de virilidad. Yo meto mucho la pata, pero hay charcos que no se me pasan por la cabeza.

Ya de noche fantaseé con futuras alegrías, las mismas que al nacer Carmen. Luego pasé a repasar las tareas del día siguiente. Tras organizarlas, volví a pensar en la niña, quería creer que Morgana iba a ser muy especial, para eso había elegido el nombre del hada de la mitología celta capaz de curar y cambiar de forma. Insistí en buscar signos positivos, recordé los nueve meses de embarazo, la despreocupación de no recibir llamadas en el trabajo. Así, llegué hasta los días en que concebimos a Morgana. Carmen empezaba a dormir con regularidad y la calma consiguiente nos permitió recuperar los placeres privados. Aunque mi mujer no había recobrado su peso anterior al embarazo, me resultaba muy deseable, sobre todo gracias a su abierta disposición. Resumo cualquier retahíla de virtudes amatorias diciendo que Pilar es una folladora con rigor histórico. Estudió Historia Contemporánea. Ha escrito la tesis doctoral *La Guerra Civil en el Valle del Almanzora*. Ha trabajado de cajera de supermercado, de administrativa de un distribuidor de butano,

buzoneando y en alguna otra cosa que más adelante me vendrá a la cabeza.

A esas alturas de la vida, la mecánica del sexo convencional nos excitaba cada vez menos, por lo que nos lanzamos a incorporar nuevas prácticas, nuevos roles. A Pilar le encantaba jugar a que éramos dos desconocidos que por los vaivenes de la vida nos conocíamos demasiado tarde, tomando una copa, y a partir de ahí, gracias a una seducción mutua bastante rudimentaria, follábamos. Estrenamos todas las posibilidades amorosas que ofrecen los muebles del comedor. Al llegar el momento culminante, yo retraía el estómago por coquetería masculina. Si lo hacíamos de frente, ella acostumbraba a ponerme las manos sobre las amplias sienes que iban quedando al retrasarse la frontera del pelo. La conocía tan bien que podía predecir los gestos que causarían los distintos embates de mi pelvis y la dirección del movimiento de sus pechos, progresivamente desordenado con la excitación.

Morgana nació guapísima.

Que la paternidad me impidiera pintar no implicaba que renunciara a exponer. Todavía me quedaban varios cuadros inéditos, y presentarlos en colectivas resultaba cómodo, en mi caso además imprescindible si no quería que se olvidaran de mí. Con esta intención fui preguntando a los pocos conocidos de confianza hasta encontrar sitio en una exposición a treinta kilómetros de Almería. No era un lugar por el que pasase mucho público, pero había catálogo a compartir por un video-creador (eso me dijeron), un fotógrafo joven, y un pintor, servidor: Mateo Trinidad Fernández, treintaicuatro años de edad por aquel entonces.

Los conocí cuando nos reunieron para repartirnos el espacio: una iglesia antigua convertida en sala de exposiciones. No entiendo por qué entonces me seguía sorprendiendo el gremio de los artistas. El video-creador lucía menos pelo que yo, pero mejor aprovechado en forma de trenza; vestía una camiseta negra de manga corta y unos pantalones cubiertos de rombos de colores, remataban el conjunto unas chanclas. Del fotógrafo destacaré una gorra con una visera larguísima; en la calle se le veían cinco piercings en la cara; en el interior se le intuían dos, ni siquiera en la penumbra renunció a su gorra.

Yo elegí para la ocasión un pantalón corto y una camiseta de andar por casa estampada de franjas horizontales, sencilla pero coqueta, tan corriente que parecía un pijo al lado de ellos. Desde ese día medito mucho mi vestimenta con la que me presento en el *mundillo*.

Una vez distribuimos el espacio cada uno descargó sus obras. El artista colmado de rombos traía ocho fotos realizadas en unos jardines de Ámsterdam. Acompañarían a una presentación PowerPoint del mismo tema. Ámsterdam es una ciudad muy alternativa, aun así, las plantas fotografiadas eran como todas las plantas de jardín: bonitas. Nuevamente miré con atención todas las plantas y no descubrí ningún matiz que enmendara el adjetivo bonito. Millones de hogares de clase media están decorados con cuadros y fotos de flores bonitas. Yo mismo aprendí a pintar representando, entre otras cosas, flores. Asimismo, pensé que en cualquier jardín botánico nacional se pueden obtener cuando menos los mismos resultados, pero un jardín español no posee el halo cosmopolita holandés. Supongo que porque nadie abría la boca, el autor añadió que le preocupaba mucho el cambio climático y que en el audiovisual se oiría una canción de Macaco.

El otro artista desembaló cinco fotografías de señales de dirección prohibida y tres de retretes, en los ocho casos había aplicado virados muy lúgubres. Claro que se oponía al sistema.

Yo aporté cuatro bodegones absurdos de pequeño formato ovalado y un cuadro de una compresa usada con alas. Este último mide cincuenta por ochenta y un centímetros; la forma de la mancha de sangre, habitualmente arbitraria, en esta ocasión recrea la entrada a un enterramiento prehistórico, una gruta a la que se accede a través de un estrecho pasillo horadado en la tierra. Mis dos homólogos concentraron su atención en esta pieza:

—Me parece ingenioso —escuché con tono desganado del fotógrafo de flores.

—La idea tiene más recorrido del que parece —respondí.

—Una compresa no está cargada de significado —interpuso el otro.

—Y el inodoro de Duchamp hace casi cien años tampoco, y sin embargo de él deriva todo el arte conceptual —repuse.

—Bueno, pero las compresas no sirven para desarrollar un discurso de autor, no manifiestan un mundo interior —insistió el florista.

—Hay que representar los restos de los sitios donde pasan cosas importantes. La entrepierna es un lugar muy complejo. ¿Te has dado cuenta de que la silueta tan curva de la compresa parece una forma modernista? Hacer notar ese detalle merece por lo menos un cuadro —defendí.

—Las mujeres no piensan en estética cuando les viene la regla —Llegados a este punto los dos alternaban los reproches.

—En el cuadro aparece la sangre, que tiene una simbología muy variada: fertilidad, construcción, raza, violencia... El acceso a la cueva funeraria de El Romeral representado sobre una compresa combina contrarios: la vida y la muerte, una edificación prehistórica y un objeto de diseño ergonómico, lo arcano del funcionamiento del cuerpo humano con la frialdad de la fabricación en serie.

—Está mal dibujado.

—No estás leyendo bien el cuadro. La entrada se parece mucho a un agujero, ninguna entrada prehistórica es de diseño.

—Sigo diciendo que está mal dibujado, si al menos fuera expresionista no lo diría. Bodegones, compresas... no hay hilazón entre las obras. Deberías haber presentado una serie dedicada a un solo tema.

—Yo no pinto exposiciones, yo pinto cuadros.

A las enhorabuenas les siguieron los sacrificios. La lactancia del bebé imponía tomas de leche que dividían el sueño en periodos de tres horas. Al poco se unió el cólico del lactante, un dolor que puede llegar a durar cuatro meses y sobre cuyo origen los médicos no se ponen de acuerdo: algunos afirman que el crecimiento de las vísceras es más rápido que el de la piel, lo cual causa dolores en la barriga que se acrecientan cuando entra aire a los intestinos; otros creen que se debe a que el bebé asimila los nervios de los padres, generando por lo tanto un problema que se retroalimenta.

Las tomas de leche poco a poco se espaciaron, sin embargo, el cólico continuó implacable. Si se manifestaba de madrugada, cualquiera de los dos nos levantábamos para dormir a Morgana meciéndola en el salón de estar. Mi nueva vida nocturna me descubrió conocimientos inútiles a pesar de lo cual daban mucho que pensar.

Por ejemplo, aprendí la hora de llegada de los vecinos más ociosos, como Alejandro. En una de las farras que organizaba en su piso, los invitados gritaban «¡Jandri!, ¡Jandri!, ¡Jandri!». Tras muchos «¡Jandri!» llegó la policía y disolvió la juerga. Cuando Alejandro se quedó solo, salió al rellano y se cagó a

gritos en los muertos de todo el bloque. Los alaridos llegaron hasta mi piso, cuatro plantas más arriba.

A los pocos días lo abordé en la entrada del edificio, confiado de hacerlo entrar en razón con mi sentido de la diplomacia, ya se sabe: los pequeños sacrificios de la convivencia, las etapas de la vida, la necesidad de respetarse... hasta que me interrumpió con la pregunta: ¿Has visto el anuncio de la canción *Tengo derecho a mi fiesta?*

—Lo ponen a todas horas en la tele —respondí.

—Pues el anuncio tiene razón, y como tiene razón no tenéis por qué tocarme los huevos.

—No se trata de hacer lo que a uno le dé la gana.

—A ver si tenéis cojones a montar fiestas tan potentes como las mías.

—Alejandro, hay gente mayor en el bloque.

—Ni quitándoles años son capaces de montarlas como yo.

Dentro de mi casa los ruidos más habituales provienen de los cambios de funcionamiento del frigorífico, el crujir de los muebles o los juguetes electrónicos de Carmen. La industria juguetera no concibe el entretenimiento sin sonido. Los sucesivos cumpleaños, navidades, visitas familiares... han aumentado el arsenal de artefactos infantiles ruidosos. El uso estropea los juguetes, y lejos de perder el habla, se manifiestan cuando les da la gana y se vuelven impredecibles. Escuchar la cocinita Barbie en mitad de un polvo pase, pero que a las cinco de la madrugada y con una niña en los brazos llorando, un objeto de plástico con dos estanterías partidas te pregunte si quieres desayunar es algo que ahoga, entre otros motivos porque la voz de la muñeca más feliz del mundo vocaliza como si le hablara a un lobotomizado.

Con menos perseverancia se manifiestan ZhuZhuPet el hámster robot, o el perro que si le aprietas suelta ladridos electrónicos, o la muñeca que emite música disco china, o Furby, el más complejo de todos: un híbrido de ratón, gato, murciélago y búho.

Las estrecheces del piso nos han obligado a exiliar toda esta gama de juguetes al balcón. La cocinita encaja perfectamente puesta de lado, el sol poco a poco la está despintando. El resto de juguetes ventrílocuos descansan en dos cajones de plástico con ruedas y cuando hablan suenan como amordazados.

La programación televisiva ofrece a estas horas varios programas de teletienda que prometen un cuerpo escultural sin apenas esfuerzo. En otro canal una actriz porno sufre los efectos de un virus desconocido. Por mala conciencia de padre aplicado, cambio de canal y descubro a las cuatro y veinticinco minutos de la madrugada que Guadalcanal es un apacible pueblo de la sierra norte sevillana; hasta ese momento yo identificaba ese nombre con la isla del Pacífico en que japoneses y norteamericanos combatieron durante la II Guerra Mundial.

Mientras tanto, ha empezado a amanecer. Vivo en un piso cerca de un polígono industrial, en el norte de la ciudad de Almería, a siete kilómetros de la playa. Desde aquí veo perfectamente la sierra del Cabo de Gata adentrarse en el mar portando un faro. A partir de ese extremo, la bahía dibuja una curva semiovalada que acaba a mi derecha, a treinta kilómetros, con el perfil de las urbanizaciones turísticas de Roquetas de Mar. Paradójicamente disfruto esta vista gracias a la crisis económica: de los planes urbanísticos frustrados han quedado mi calle sin salida y tres excavaciones rectangulares para cimientos o cocheras delante de mi casa. De vez en cuando se usan como escombreras.

En la hilera de aparcamientos al otro lado han respetado un eucalipto, quizás porque da sombra a los contenedores de basura. Si miro al frente evitando el eucalipto postizo, disfruto una imagen de postal; si bajo la vista, un poco, encuentro los alrededores desangelados de cualquier ciudad.

Mis padres se llaman Paquita y Mateo. Regentaban una carnicería en el pueblo donde yo ayudaba sobre todo por vacaciones. No hemos pasado estrecheces, aunque tampoco podemos presumir de desahogos. En lo que a mí respecta han sido muy prácticos: consintieron que eligiera la carrera que más me gustaba, Bellas Artes, apostando a que la dedicación a la pintura me alejaría de mi grupo punki (Distorsión, joder, qué bien sonábamos). Cuando llegó el momento de elegir especialidad, se informaron a mis espaldas y me animaron a escoger la opción de Restauración convencidos de que *tenía futuro*.

Cada vez que nos visitaban, mi padre enumeraba satisfecho los entretenimientos poco exigentes que le había traído la jubilación; a mí sin embargo no me llamaban la atención, claro que mi padre y yo somos antitéticos. En una ocasión yo estaba terminando de ver una película en la que un narrador invisible declamaba «Cuando yo cuente hasta diez usted habrá muerto» y efectivamente, tras la enumeración, el protagonista moría ahogado. En esa escena llegó mi padre y se sentó a mi lado para hacer sus cuentas, y en lugar de ello, se interesó por comprobar si se ahogaba o no. Tras constatar el

fatal desenlace afirmó con cierta solemnidad: «hijo mío, porque te conozco que si no diría que estás loco».

—Papá, no nos parecemos en nada aparte del nombre, no compartimos ninguna afición —le confesé al cabo de los años con el cerdito feliz de Carmen entre las manos.

—¿Cómo que no, hijo? Yo no estudié por las necesidades de entonces, pero eso no quita para que yo, durante toda la vida, haya demostrado un sentido estético innato. Acuérdate de lo que te decía de las chuletas: que podían llegar a ser tan bellas como un cuadro abstracto y que las pintarás. ¿O es que acaso las vetas de grasa no son hermosas? ¿No prometen una experiencia...? ¿Qué palabra es esa que me soltaste una vez?

—Pantagruélica, papá.

—Sí, eso, pantagruélica. Me gusta la palabra porque suena gorda como un chuletón. Habla así, hijo, que se note que te hemos pagado una carrera —Pasaron varios segundos hasta que recordó el tema inicial de la conversación— ...Eso. Yo te aconsejaba que pintarás chuletas o combinaciones de filetes y tu madre te insistía con los atardeceres.

—A lo mejor tenías razón, papá. Muchas veces me he acordado de ti al ver las obras de un artista inglés que se ha hecho famoso cortando animales y metiéndolos en formol.

—Enséñame alguna foto.

—Espera que voy a por el libro.

No tardé en encontrarlo y dentro de él las páginas dedicadas a Damien Hirst. Mi padre se ajustó las gafas, escrutó las estampas en silencio, de cerca, de lejos, lo necesario para concluir su veredicto:

—Estos animales están mal cortados —manifestó con la voz apresurada por el mosqueo.

—No se trata de que estén mejor o peor cortados, sino de que están fuera de contexto.

—Ya que te pones lo haces bien, mira qué perfil del corte, irregular. Un tajo limpio habría dejado mucho más bonitos los tasajos de la oveja. Precisamente porque matamos los animales, debemos dividirlos con respeto.

—Papá, el público de este tío no son carniceros, él trabaja para críticos y eruditos de arte. Ellos no valoran eso.

—Pues muy bien, yo sé lo que me digo. ¿Y en qué consiste la importancia del contexto?

—En que al cambiar las cosas de sitio, el significado cambia. Si trasladamos un animal de la carnicería a una sala de exposiciones, deja de ser visto como un alimento para convertirse en un símbolo de la vida y la muerte. El lugar en que se expone, la imagen borrosa de los espectadores a través del cristal, la obra absorbe el contexto, pasa a formar parte de ella. El amor que le tienes a tu trabajo te impide verlo de otra manera.

—Amor a mi trabajo ninguno, el carnicero era mi suegro y al casarme con tu madre pues me tuvo que gustar sin más remedio. Lo que pasa es que yo me he esmerado en cortar bien la carne y además hacerlo dando espectáculo, y eso traía clientes. Muchos todavía recuerdan que se les iba el santo al cielo viéndome filetear los solomillos, a ojo de buen cubero todos salían igual de anchos. ¿Ves tú? Ya tenemos otro punto en común: los dos nos desenvolvemos bien en nuestros escenarios: yo en el mostrador de la carnicería y tú cuando tocabas con los punkis.

—Sí, papá, yo también me acuerdo a menudo de la carnicería. Fíjate que puede parecer una tontería... Bueno, ahí va: algunas veces en que veo jugar a Carmen con los conejos de peluche me acuerdo de cuando te ayudaba a sacrificar los conejos —Asimismo se me ocurrió que el alma de cualquiera de esos conejos se pondrá en contacto conmigo adoptando el

cuerpo de un peluche; lo repensé y preferí no contárselo, el sentido del humor de mi padre no va por ahí.

—Anda que he matado pocos... —durante esos puntos suspensivos y muchos más dejó de mirarme, parecía concentrado, quizás calculaba las almas que había mandado al cielo de los conejos. Mi intuición me aconsejó incorporar algo sentimental, algo que lo devolviera a la conversación y supusiera un reconocimiento.

—Esto... Papá, tú te acuerdas que de niño yo iba todos los domingos a la sesión infantil del cine.

—Claro, hijo, claro. Al menos en eso te parecías a todos los niños de tu edad.

—Muchas de esas películas eran de kung-fu, y al salir del cine todos los niños imitaban a los luchadores de la película. En cambio, yo emulaba el golpe con el que tú desnucabas los conejos, casi el mismo golpe que usan los karatecas para partir en dos los tablones de madera.

Mi padre me miró pensativo, o perplejo. A fuerza de intentar deducir sus cavilaciones, me di cuenta de lo arrugado que estaba. Por mucho que me empeñe las cosas no son como las imagino. Mi padre nunca se ha parecido a Bruce Lee.

Trabajo para el Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico, más en concreto en la sección Restauración de Pintura que posee en Almería. Sobre todo recibimos bodegones, retratos burgueses, martirios y milagros. Mi compañera Olga se especializó en los bodegones, la mayoría protagonizados por racimos de uva almeriense cuya exportación por barco se convirtió en un negocio muy próspero a partir del último tercio del XIX. Cualquier casa de la época dispuesta a aparentar debía lucir este tipo de obras. Había que ver a Olga todo el santo día girando la muñeca, uva a uva.

Por el contrario, Atanasio dominaba la imitación de las telas más caras y casi nunca frenaba su afición a exagerar las barbas y los mostachos (ya de por sí abundantes) de los retratados.

De puro despistado tardé en darme cuenta de que a mí me dejaban algún que otro milagro disparatado (los milagros por naturaleza van contra la razón y en consecuencia son disparatados) y todos los martirios. Tardé en percatarme, pero en cuanto me di cuenta, me quejé raudo. Ellos mantuvieron que, de los tres, yo soy al que le va el rollo bizarro. Renuncié a oponer más resistencia. Este despiste me ha conducido a dominar

la textura de la piel y las heridas junto a las diversas gradaciones de la sangre.

Nuestro trabajo común se convirtió en amistad cuando un cliente que solo había heredado un cuadro mal conservado y un apellido destacado en los libros de historia, le gritó a Atanasio: «¡¡Mi linaje no es licántropo!!». No era la primera vez que recibía este tipo de quejas, pero en todos los casos precedentes le había bastado con alegar repetidamente que su labor se limita a limpiar la obra y rellenar escrupulosamente las pérdidas de pintura.

De inmediato, Olga y yo nos lanzamos a apaciguar al ofendido, su excitación lo ponía al borde de una transformación. Olga repetía todas las frases hechas tranquilizadoras (hay muchas) sin apenas resultado. Necesitábamos una nueva idea que amansara a la bestia. Tomé la palabra con toda la suavidad que permite mi voz carrasposa y le hice notar que el paso del tiempo conlleva un cambio de los usos sociales y sobre todo de la estética. «¡Qué estética ni qué ocho cuartos!», interpuso. «La depilación, (respondí vocalizando perfectamente) la depilación ha trastocado la relación que mantenemos con nuestro pelo y hasta con nosotros mismos, y nos impele a rechazar la manera tradicional de manifestar la virilidad que era una virilidad rocosa y frondosa. Enumere en su pensamiento todas las costumbres y modas que se han sucedido desde que su tatarabuelo encargó este retrato, por favor, piénselo».

El ofendido me miró muy concentrado, yo le respondí con una expresión hospitalaria. Gracias a Dios, se relajó. Cuando él escuchaba la retahíla de Olga, observé que se depilaba las cejas, las orejas y los pómulos.

Este suceso y otros atrevimientos de igual tenor me hicieron pensar que Atanasio era la persona adecuada para compartir conjeturas estrafalarias, casi siempre a la hora del desayuno.

—Oye, tú conoces a Ai Weiwei, el artista conceptual chino, ¿no?

—Por supuesto, tiene fijación con el pelo.

—No te entiendo.

—Ha visitado un campamento de refugiados sirios en Grecia, si se le puede llamar así a cientos de tiendas de campaña plantadas en el barro, un lugar terrible. Idomeni se llama. Pues bien, en semejante infierno, ha llevado a cabo lo que él ha bautizado como *gesto simbólico* de cortarse el pelo y recortarse la barba *para dejar un poco de su cabello en aquella tierra*.

—Te lo acabas de inventar.

—¡No! Te lo juro, lo vi anteanoche en las noticias. No te voy a poder hablar de pelo.

—... Ya. El otro día me acordé de otra obra suya. Verás. Últimamente mis padres me visitan mucho y aprovechan cada viaje para traerme mis juguetes. Figúrate, la mayoría de ellos los había olvidado. Pero en lugar de dármelos a mí, se los entregan a las crías con mucha pompa. Entonces mi madre evoca aquellos días en que una tribu de indios Comansi atacaba el Exin Castillos y eso la enervaba y me decía «En la Edad Media no existían coches» o «Los indios no montan en moto» o «Si juntas los juguetes nuevos con los viejos no los vas a valorar» o «¿Para este desbarajuste nos hemos gastado los cuartos?». El caso es que el otro día, a los pocos minutos de producirse el ritual, Carmen le arrancó una pata a un caballo, y el click de Famobil vaquero perdió la tapa de los sesos, y yo me mosqueé porque le tengo mucho cariño a mis juguetes, y de repente me vino a la cabeza la obra de Weiwei en la que destroza un jarrón *Tirando al suelo una urna de la dinastía Han*¹. ¿La conoces?

—Sí.

—Figúrate, estás en una situación cualquiera: la sala de espera de un hospital, conversando con tu padre, viendo a tus hijas reventar los juguetes que te hicieron feliz... y de pronto me acuerdo de una obra de arte. Me pasa a menudo desde que nació Morgana.

—Bueno, ¿y qué?

—Que me resulta rara esta nueva costumbre. Cuanto menos puedo dedicarme a pintar, más pienso en arte.

—Y lo que te espera —dejó de hablar para sorber el café con leche; Atanasio continuó pensando hasta que me dijo—: Al ejemplo que me has puesto le encuentro explicación. Probablemente Weiwei se encontró en la misma situación que tú y reparó en que los destrozos infantiles podían dar lugar a una obra interesante. Si se hubiera conformado con romper un juguete, el resultado sería una chiquillada y como tal, resultaría irrelevante. Necesitaba un efecto mucho más aparatoso, a ser posible indignante, de esta manera también disimularía el origen de la idea. —Volvió a concentrarse a la par que rumiaba la tostada—. Date cuenta de que en el caso del jarrón y en el corte de pelo aplica la misma estrategia: lleva a cabo un acto insustancial y lo disfraza de importante mediante un contexto trágico o usando una reliquia arqueológica. Habrá quien se quede convencido, yo no, ¿y tú?

—Sabes que a mí me gustan otro tipo de obras.

—Ya. Cuando se te ocurra otra idea de este tipo la compar-tes conmigo. Igual encuentro la manera de ponerle pelo.